

Jose Luis Gago
Para Alfonso Crujera

El aire lo ocupa todo. Lo demás es imaginación, magia e ilusión. El aire y los sueños, en su intangibilidad, definen un mundo material, pedregoso, abrupto, irascible y endiabladamente bello al que nos aferramos para seguir despiertos en medio de un duermevela onírico, infinito y silencioso, que expande las masas geológicas en acantilados, inmensas planicies e insondables abismos que, del cielo a los infiernos, son el sugerente escenario en el que postulamos ideas y construimos ficciones cual reverberación de espejos.

Mi amigo Alfonso es uno de los artífices de esta invención y con la serie LPGC ordena los flujos de aire, amansa las estratigrafías del terreno y domeña los cielos en sus tempestades. Alfonso Crujera relata la naturaleza del extremo noreste de Gran Canaria con la intención de hacernos ver que se trata de un espacio en el que convergen la fragilidad de las tensiones, la impronta de los colores y la melancolía de las mareas.

Humanos, simples humanos que intuyen el arcano en las noches, son los que desean **ven** las galaxias en los abismos y las estrellas en las miradas. Son, aquí y ahora, los ojos los que no tiene otro abismo que las trombas de colores o de nadas para identificar el istmo y la isleta. La silueta, que el aire comprime hasta llenarla de forma, es, como no podía ser de otra manera, la referencia omnipresente de toda la serie de grandes látex y pequeños grabados que generan la biografía exultante de tan particular formación paisajística que obvia el paisaje, aborda las pasiones sociales y aridiza los recuerdos.

Son el istmo y la isleta los protagonistas de una odisea divina que irrumpe en la conciencia colectiva martilleando las pupilas hasta conmovernos. Pues ¿que hay del cielo si no tiene un aire que lo azulee?. Y ¿que del mar sin un agua que lo profundice?. Son el istmo y la isleta el aire y el agua de Las Palmas, de las palmas, de Gran Canaria.

Para el arte la representación es un oficio, para la naturaleza un beneficio, para las ciudades una justificación y para la arquitectura el final de un ciclo que convierte el croquis y los dibujos en una realidad bidimensional creíble.

El pintor que hace de la ciudad su refugio trasmuta las crestas rocosas en sky-line, la luz solar en iluminación, el horizonte en profundidad, los agentes naturales en actores y los climáticos en texturas. Nunca ensoñación tan grande despertó a nadie del letargo milenario que envuelve las placetas. Nunca mayor idilio confundió la mente. Nunca. Nunca faltó el aire.

Y, es cierto, nunca ha faltado aire a la mirada pero en la geografía que describe la imaginación todo es posible: hablar, pensar, crear; y también confundir, desdeñar y perseguir. Y tan creativos son los unos como los otros por ser en definitiva topografías neuronales, desniveles químicos o accidentes fisiológicos. Tan es así que Groucho Marx llegó a decir que “Estos son mis principios. Sino le gustan tengo otros.”

Filtrar con la mirada la imaginación es ver el aire y los principios. Con ellos me comunico. Pero las horas del día y los solsticios desentrañan motivos, revelan matices, provocan superposiciones

y ocasionan aciertos, con los que surge la nitidez. Una nitidez desenfocada que humaniza, que es entendimiento e irradia inteligencia.

No se si me gustaría vivir en Crujera pero tengo pensado viajar hasta allí en la primera ocasión que se presente y recorrer sus perfiles, nadar en sus aguas, susurrar en sus atardeceres y dormir en sus noches. Puede que en adelante se convierta en un destino turístico y quiero conocerlo antes. Mi imaginación me lo permite y quiero ser consecuente. Aunque si así no fuera tengo otros recursos para hacerlo. Así lo creo.